

LA DEMOCRACIA MEXICANA Y SUS FANTASMAS

CARLOS GONZÁLEZ HERRERA¹

Resumen

México ha vivido en una democracia formal desde hace muchos años. No fue sino hasta el año 2000 en que el arribo a la presidencia de la República, de un partido de oposición tradicional, pareció marcar no sólo el despliegue de una democracia plena sino la posibilidad de una alternancia que cambiara las características del sistema político mexicano. A una década de aquel momento, el balance es poco optimista: la desigualdad, la pobreza y una nueva época de privilegios desmedidos de las oligarquías, públicas y privadas, desalientan a la sociedad mexicana sobre los beneficios del sistema democrático que adicionalmente se encuentra perseguido por un nuevo fantasma: el de la inseguridad y la violencia.

Palabras clave:

Democracia, oligarquías, sistema político.

Resumen

Mexico has lived in a formal and ceremonial democracy from several years. It was not until the arrival to the presidency in the year 2000 of a traditional opposition party that seemed that not only a full democracy would spread, but also the possibility of an alternation that would change the characteristics of the Mexican political system. A decade after that moment, the balance is less than optimistic: inequality, poverty and new period of excessive privileges of the public and private oligarchies dishearten the Mexican society about the benefits of the democratic system. Additionally a new ghost haunts the Mexican turn to a full democracy: a rampant insecurity and violence.

Key words:

Democracy, oligarchies, political system.

Recibido: 10 de junio de 2010

Aceptado: 8 de septiembre de 2010

¹ Antropólogo e historiador. Director de El Colegio de Chihuahua. Ciudad Juárez, México.

A principios de siglo XIX, el geógrafo y naturalista alemán, el Barón Alexander Von Humboldt, viajó extensamente por la Nueva España y llamó al territorio, por su forma en los mapas, “cuerno de la abundancia”. Solo requiere, liberarse del yugo feudal que lo ata a España, para convertirse en una nación rica y moderna. Entre 1810 y 1821 una larga y cruenta guerra se libró. Aquel territorio obtuvo su independencia y se autonombró México, con x y se dispuso a administrar esa abundancia contenida. Ni la riqueza ni la modernidad hicieron su aparición.

Por los siguientes 50 años, una larga disputa entre conservadores y liberales se desarrolló desde la arena de las ideas, pero también con mucha frecuencia en los campos de batalla. Conservadores y liberales juraban que con ellos un México moderno y próspero surgiría si ellos lograban dominar la escena política mexicana. Varias constituciones después; media docena de golpes de estado después; tres intervenciones extranjeras después (una española, una estadounidense y otra francesa); un Imperio con príncipe europeo a la cabeza, Maximiliano de Hapsburgo; y quizá la experiencia más traumática del siglo XIX, la pérdida de un territorio equivalente a unas tres y media veces la actual extensión de España.

Una generación de brillantes liberales, encabezada por Benito Juárez (figura heroica y romántica), resultó triunfante, políticamente, de ese medio siglo de enfrentamientos, pero la prosperidad y la modernidad continuaron escondidas para México.

Hacia el último cuarto del siglo XIX, parecería que México hubiese dicho: bueno si no podemos tenerlo todo, tengamos al menos algo. Un personaje muy interesante y por demás importante para nuestra historia, el general Porfirio Díaz, fue presidente, con niveles más o menos aceptables de aprobación popular, por 35 años: entre 1876 y 1911.

Con este dictador, que se hacía elegir cada cuatro años, los años de los ferrocarriles, los puertos, la electricidad, los bancos y las calles asfaltadas llegaron. Los centros de las ciudades las grandes avenidas y buena parte de la vida pública y privada se afrancesaron, en una carrera loca por emular a París: capital mundial de la modernidad del *fin de siècle*, como la llama David Harvey.

La vida se hizo tan afrancesada que este presidente dictador pensó que era buena idea nombrar a un hijo de franceses como su ministro

de hacienda. Este flamante ministro que hablaba francés e inglés, llamado José Ives Limantour, logró en 1895, la negociación de la deuda externa mexicana y aceptó el cambio del patrón monetario del oro a la plata, según sugerencia de los acreedores ingleses, franceses y estadounidenses.

Las inversiones del exterior llegaron para aprovechar aquella modernidad recién adquirida y se dedicaron a adquirir la mayoría de los derechos de explotación de los recursos naturales de ese país. El mundo moderno y civilizado se apresuró a dar la bienvenida a México al concierto de los países más avanzados. Al mundo de la modernidad.

En 1910, estalla la primera gran revolución social del siglo XX: la Revolución Mexicana, famosa por líderes populares como Emiliano Zapata o Pancho Villa. Esa gran guerra civil que experimentó México hasta 1920 arrancó con la premisa de que ni la prosperidad, ni la modernidad habían llegado, con el agravante de que se había renunciado además a la vida democrática que se experimentaba (con mayor o menor calidad) en varios países de aquel continente: Canadá, los EUA, Costa Rica, Chile, Argentina, Uruguay, entre otros.

Al terminar la Revolución, México había perdido, por muerte o exilio, al 10% de su población (casi 15 millones en 1910 y casi la misma en 1920) y su economía estaba exhausta.

México inauguró el siglo XX con varios modelos fracasados a cuestas: república centralista, república federalista, sistema de gobierno de ejecutivo fuerte, sistema de gobierno de ejecutivo acotado por los poderes legislativo y judicial, dos experimentos de imperio (uno con emperador mexicano y otro con emperador austríaco), y finalmente con un dictador.

Adicionalmente, arrancó el siglo XX con la frustración de que las promesas de la prosperidad y de la modernidad, o al menos algunos de los rasgos de la modernidad, siempre fueron demasiado veloces para el ritmo nacional.

Y finalmente, el siglo XX empezó con la idea de que éramos un país muy difícil de poner de acuerdo, por lo que era necesaria siempre una mano fuerte que guiara los destinos de todos. Eso de que entre todos se decida era una utopía. Orden y Progreso, la democracia no era para nosotros, o al menos era un lujo que se presentó como demasiado costoso y incluso un tanto exótico.

El régimen político que se formó después de la Revolución, a partir de 1920, se presentaba como perfecto para México, o coloquialmente “les llenaba el ojo a los mexicanos de hace casi cien años”:

-No quería de emperadores venidos de fuera.

-No quería que el hombre poderoso, el presidente, fuera eterno para lograr la estabilidad: para ello creó un partido, el PRI, que sustituía al dictador.

-El régimen político, el gobierno y toda la corte que les rodeaba, no requerían de pureza ideológica, ser congruente era sencillo pues lo máximo que podía durar un dogma eran 6 años.

-Había la libertad de fundar partidos políticos, a ser oposición, incluso a realizar críticas severas. La única limitante era que estos partidos políticos no aspirasen a ganar las elecciones. La forma elegante de decir estos es “México era una democracia *sui generis* con un régimen de partido hegemónico”.

-Era una democracia “sui generis” de acuerdos sencillos o de *fast track*, puesto que los poderes legislativo y el judicial eran apéndices del ejecutivo. Si se le quiere ver de esta otra manera, digamos que el régimen mexicano era uno de “ventanilla única”, tras la cual está estaba el presidente de la República, el resto del aparato de gobierno era una gran máquina extraordinariamente obediente pero increíblemente ineficaz para cumplir. Obedecer sí, cumplir es otra cosa.

-El régimen mexicano al no tener severidad ideológica, y al ser una dictadura blanda o una democracia muy maquillada con instituciones debilísimas y hombres fuertes, creó un sistema altamente corporativo que daba un lugar o un lugarcito a casi todos: campesinos, obreros, lumpen urbano, pequeños comerciantes, intelectuales de izquierda, militares. Pero al mismo tiempo, daba lugar preferente a los grandes empresarios surgidos de la Revolución.

-Consolidó así un régimen revolucionario, nacionalista, anti-imperialista, obrero-campesino-popular, al tiempo que generó un sistema económico plutocrático, oligárquico, absolutamente de antiguo régimen. Lo podemos llamar de varias maneras: a) Un auténtico circo de tres pistas; b) Un esquizofrénico con personalidades de una variedad inacabable; c) Un ogro filantrópico, como lo llamó Octavio Paz: capaz de cuidarte pero también de aplastarte cuando lo haces enojar.

El pasado autoritario de México es el gran fantasma que asusta a nuestra muy joven y débil democracia.

Imaginen ese viejo régimen mexicano como un inmenso árbol, enorme de gran follaje y que proporciona una amplísima sombra. Sus primeros resultados son gratos y se agradecen, cobija del sol, guarece de la tormenta, crea sensación de protección y parece alcanzar para todos. ¡Pero! Su sombra es tan amplia y su follaje es tan cerrado que no permite pasar la luz necesaria para que crezcan otros árboles.

¡Peor aún! Resulta que ese árbol maravilloso de inmensas ramas y gran follaje, era un árbol mutante pues su tronco era minúsculo. El soporte de la sombra protectora era débil y a la larga efímero y fácil de derribar.

Nuestra perestroika, o nuestra gran reforma liberal o neoliberal derribaron ese árbol. El mundo occidental, democrático y próspero, aplaudieron esa gesta ciudadana y modernizadora que significó la alternancia en el ejercicio del poder en México.

Hoy, que el follaje es ralo, la sombra protectora es muy exigua y nos permite ver con claridad que el terreno es pobre. Una tierra no demasiado apta para los cultivos urgentes pero que se agrava por la falta de buena herramienta de labranza y por falta de buenos abonos o fertilizantes. ¿Por qué? Bueno entre otras cosas porque (y aquí se multiplica la familia de estos fantasmas):

Hemos descubierto que nunca hemos tenido un Estado fuerte, acaso regímenes autoritarios y corporativos con una inmensa capacidad de cooptación, representación y alineamiento.

Hemos descubierto que las grandes riquezas del país están bárbaramente concentradas, que el Estado, además de débil, está empobrecido y que faltan atractivos o incentivos para lograr grandes acuerdos.

Vemos con azoro y rabia como la transición democrática antes que un rostro de eficiencia o un rostro de Estado a cargo del bienestar nacional, tiene el rostro de una nueva nobleza mexicana dueña de las arcas públicas: los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación llegan a ganar entre 500 mil y 800 mil pesos al mes (esto es entre 25 mil y 40 mil euros al mes). Diputados federales unos 9 mil o 10 mil euros, los senadores 10 a 12 mil euros por mes. Los miembros de los órganos autónomos del estado entre 15 y 20 mil euros por mes.

La debilidad institucional, de México es ahora potenciada por:

Aumento de la población en pobreza. Hace unos 40 años, España y México tenían una población similar y un PIB y una renta personal o *per cápita* muy similares. Hoy México tiene más del doble de la población española pero la renta *per cápita* es una cuarta o una quinta parte de la del ciudadano español.

El desmantelamiento del Estado por las políticas neoliberales, iniciado hace unos 25 años, ha traído consecuencias graves: a) Un incremento del gasto familiar en educación y salud, producto de la mala calidad y saturación de esos servicios que proporciona el Estado; b) un dominio privado semi-monopólico de las telecomunicaciones; c) la privatización del sector de los transportes ha provocado que el interés público prácticamente desaparezca: el ejemplo más grave es que en un país de 2 millones de km² y 105 millones de habitantes, hoy no exista el transporte ferroviarios de pasajeros; d) una bajísima capacidad para la investigación científica.

La bajísima participación ciudadana. Por paradójico que les pueda parecer, el ingreso al mundo de la “normalidad democrática” que finalmente se instaló en México, digamos desde 1997, ha ocasionado un descenso dramático de las tasas de participación ciudadana en las elecciones. Pareciera que a los mexicanos nos gusta apostar a caballo ganador; mientras que era seguro que el PRI ganara la mayoría de las elecciones, votaba una parte considerable del padrón electoral: 60s y 70s por cientos. Desde que existe la incertidumbre de quién ganará, punto clave de la democracia electoral, la participación se ha derrumbado, llegando a procesos en los que se abstiene ¡el 80% del padrón! Pero que a los partidos políticos nos les molesta pues sus prerrogativas económicas han crecido exponencialmente. Por difícil que resulte de creer, muchísimos mexicanos están volteando al pasado y creen que el voto debiera ser pagado con una recompensa rápida y en efectivo. O de plano, volver a sacrificar la democracia por mejores satisfactores.

El desacuerdo como el principal rostro de la realidad política mexicana y la falta de incentivos para acordar: no hay reforma política, o para fortalecer constitucionalmente de manera moderna al ejecutivo (poder de veto, preferencia legislativa, hacer campaña por su partido, etcétera) o para darle muchas más facultades al poder legislativo, por

ejemplo a reelección, ratificación de puestos clave del gabinete presidencial (un semiparlamentarismo) pero que exija de éste eficacia y transparencia. No hay reforma hacendaria para fortalecer la capacidad del Estado de funcionar con niveles aceptables de garante de la salud, la educación, la seguridad y las obras públicas mayores del país.

Podríamos suponer que mucha gente en el mundo dijese, bueno y a mi qué con esto de la situación de México. Sé bien que en España no es el caso, por los viejos y lazos de unión que hay, pero sólo para fines de terminar este muy breve repaso por la realidad mexicana, supongamos que se pensase en todo este asunto estrictamente interno de aquella nación.

Yo les diría que respetando el derecho de todos a una opinión propia y a no interesarse en lo que no se quieran interesar, el problema es que en un mundo que ha aceptado el modelo de globalización, hoy todo está interconectado. Y hay cosas más interconectadas que otras, y México, además de muy conectado al sistema mundo (como diría Wallerstein), tiene un peso específico planetario que no se puede ignorar. (Piensen ustedes que Grecia está lejos de ser la economía más importante del mundo euro y sin embargo los efectos de su crisis interna ha hecho temblar al continente).

¿Qué con México? Bueno pues está entre los 10 países más poblados del mundo; con todo y su pobreza, es la economía 13 o 14 del mundo; tiene 3 mil kilómetros de frontera con la que aun es la mayor potencia del mundial; por su extensión y conexiones México es norteamericano, centroamericano, caribeño, latinoamericano, parte de la Cuenca del Pacífico. Por su frontera norte se mueve un intercambio comercial igual o algo superior al de los intercambios entre los EUA y la Unión Europea.

Pero si eso no fuera suficiente, durante los últimos años se ha añadido un componente que parece puede estar propiciando “la tormenta perfecta”: el florecimiento prodigioso del crimen organizado: rico, poderoso, bien organizado, global y despiadado.

La energía no se crea ni se destruye, dicen los físicos desde Eins-

tein. Los politólogos dicen, que no hay vacíos poder. Simplemente cambia el inquilino de ese espacio. Si el poder de jure no ejerce soberanía y autoridad legal ahí, el espacio que deja vacío es ocupado por algún poder de facto.

Termino proponiéndoles un ejemplo. Si ha tres años de haberse declarado la llamada guerra contra el narco, utilizando la mitad de los efectivos de las fuerzas armadas, gastado muchos miles de millones de dólares del presupuesto nacional en ese combate, y haber padecido unas 15 mil muertes relacionadas, el poder del crimen organizado en lugar de ceder se ha sofisticado, ha puesto pies de playa en EUA, Europa, y toda la región latinoamericana es que esa guerra o está mal planteada o lo que es más terrible, pudiese estar perdiendo.

La democracia mexicana pudiera estar frente al más aterrador de sus fantasmas.